

SALVADOR MENDIOLA

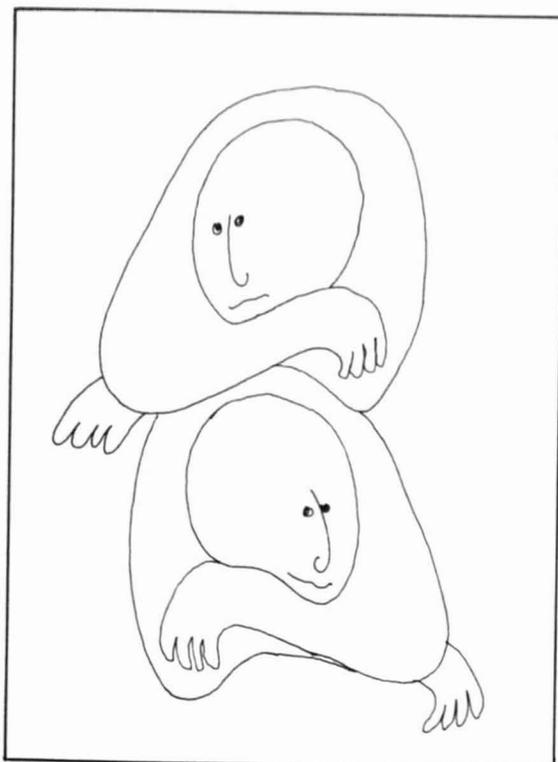
EL FLACO NOVALIS

(FRAGMENTO DE NOVELA)

Para Otaola.

EL FLACO NOVALIS ESTABA CAYENDOSE DE BORRACHO. Jaló aire por la boca, trató de detener el carrusel y siguió caminando por Parque Lira hacia la estación de Tacubaya del Metro; mientras tarareaba *Riders on the storm* y cavilaba pendejadas. Eran las seis de la mañana; el día había amanecido algo nublado, pero no hacía mucho frío en la calle. A esas horas la ciudad fingía estar despertando; aunque —como todo mundo sabe— desde hace varios años el insomnio, hermano siamés del miedo, no le permite cerrar los ojos durante la noche. La ciudad, enferma de insomnio crónico, vive con los ojos abiertos; pero está ciega. Si el Flaco no se derrumbaba antes de tiempo o se perdía en el camino, calculaba llegar al departamento del Bóiler Villaurrutia antes de que dieran las siete.

Novalis había pasado la noche en casa de Virgilio M. Casanova. No durmieron. Mientras discutían, leían poemas, guardaban silencio y escuchaban discos de los Doors (“pura nostalgia precoz, puro afán de seguir envejeciendo a contracorriente”); consiguieron vaciar doce latas de cerveza Tecate, una botella de a litro de ron Bacardí Carta Blanca y la mitad de otra de brandy Viejo Vergel; además de fumarse la provisión semanal de marihuana de Virgilio (“saboréala, pinche Flaco, me la acaban de traer desde Oaxaca”). Ya en pleno éxtasis dionisiaco, hubo un momento en que las cosas se pusieron demasiado teatrales, es decir, bastante ridículas. “Me cae de madre que ahora sí me suici-



do”, gritó Novalis, al abrir una ventana para fingir a Casanova con que se tiraba de cabeza a la calle. “¡No mames, pinche Flaco! Lo que pasa es que ya estás pedo”, le dijo Virgilio, cogiéndolo de un brazo y tratando de calmarlo. La cosa no pasó de ahí; pero eso sirvió como primera advertencia de que el Flaco Novalis sí tenía ganas de matarse ese día. “Quédate a dormir aquí”, dijo Virgilio, cuando comprobó que el Flaco se había calmado y que la mota se estaba terminando; pero Novalis no aceptó su invitación. “No tengo sueño y todavía me quedan muchas ganas de seguir chupando”. Casanova comprendió que su amigo ya estaba muy borracho, tan borracho que de nada serviría tratar de darle explicaciones; así que mejor optó por dejarlo hablando solo y se retiró a dormir. Además de estar quedándose dormido, a Virgilio no le gustaba tomar alcohol sin estar quemando mota, y no tenía ganas de seguir soportando los caprichos de Novalis.

El Flaco no quiso darse por vencido. Al verse solo, descolgó el teléfono y marcó el número del Bóiler Villaurrutia:

—...

—Boilercito, ¿eres tú?

—...

—Oh, cabrón, no te enojés. Necesito verte ahora mismo, es algo muy importante.

—...

—Estaba empedándome con Virgilio...

—...

—Aquí, en su casa. Pero el muy ojete ya tronó, se fue a dormir y me dejó abandonado a mi suerte con media botella de Viejo Vergel.

—...

—No, no puedo esperar. Te digo que es algo muy importante.

—...

—¡Agarra la onda, pinche Bóiler! Necesito hablar contigo.

—...

—Bueno, entonces voy para allá. No te vayas a dormir, eh. Hoy tengo muchas, pero muchas ganas de empedarme.

—...

—Sí, pero todavía no estoy tanto como quisiera. Quiero echarme unos hidalgos contigo.

—...

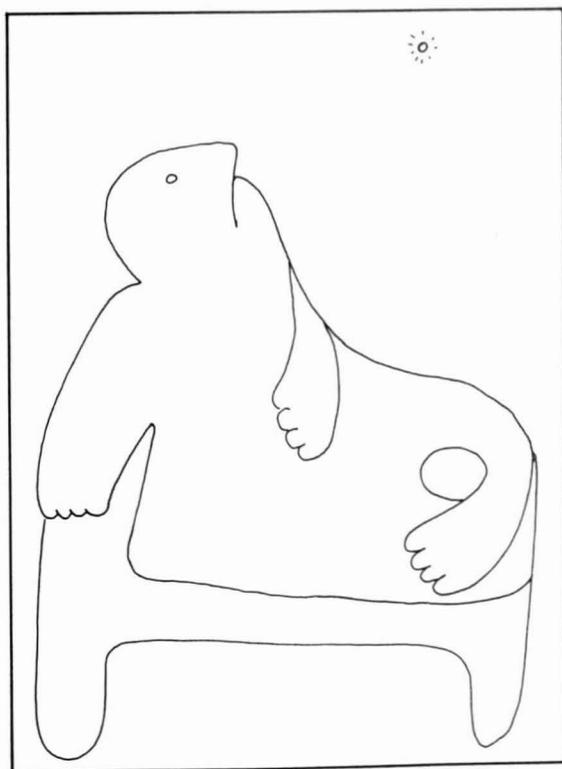
—O’key, nos vemos al rato. Te juro que no me tardo nadita. Nomás no te duermas, aguántate un ratito, ya voy para allá.

Colgó el teléfono, tomó la botella de Viejo Vergel, recogió la libreta con sus poemas y gritó: “Virgilio M. Casanova, hijo de tu reputísima madre dormilona, ven a abrirme la puerta que ya me voy a seguir chupando en otra parte.” Pero Virgilio no respondió. El Flaco buscó las llaves, las encontró y salió a la calle. Durante un buen rato se sintió completamente desorientado; no recordaba en dónde estaba ni a dónde iba. Luego, nada más por pura

intuición alcohólica, comenzó a caminar hacia la estación del Metro. No podía perder tiempo, el Bóiler le advirtió que solamente lo esperaría hasta las siete de la mañana; a esa hora descolgaría el teléfono, desconectaría el timbre y se metería a dormir. Villaurrutia también estaba desvelado; pasó la noche despierto, escribiendo su colaboración para *Nexos* y corrigiendo los poemas del libro que entregaría a los de *La Máquina de Escribir*.

Al llegar a la estación del Metro, Novalis recordó que estaba terminantemente prohibido el paso a personas en estado de ebriedad; mas no se dejó intimidar por las prohibiciones, estaba en plan terco. Destapó la botella de brandy y le dio un trago, luego la ocultó bajo su chamarra; sacó el dinero exacto para comprar un boleto, se pasó la mano por el pelo, arregló un poco el estado de sus ropas y trató de aparentar serenidad (pues le resultaba imposible controlar la borrachera que se cargaba). Lo que más trabajo le costó fue tratar de caminar en línea recta; hizo lo que pudo.

Sin ninguna dificultad pudo pasar la prueba de encarar a la cajera, que ni siquiera se molestó en mirarle la cara. Llegó a los torniquetes: el guardia estaba distraído, discutiendo con una señora que quería entrar cargando sus bolsas del mandado (que también está prohibido). El Flaco aprovechó la coyuntura: metió su boleto, pasó lo más rápido que pudo y, trazando eses y zetas, corrió hacia las escaleras, parapetándose tras de un grupo de obreros que también bajaban corriendo. Arribó al an-



dén justo a tiempo para abordar el carro; saltó y las puertas se cerraron a sus espaldas. Todo había salido a la perfección, estaba salvado y en camino a la casa del Bóiler Villaurrutia. Se felicitó a sí mismo y —para festejar su triunfo sobre la Ley— sacó la botella y le dio otro trago. Ahora sólo tenía que preocuparse por no quedar dormido y no equivocarse a la hora de transbordar en Balderas.

No hubo contratiempos, Novalis llegó a Tlatelolco en menos tiempo del que había previsto; en el reloj de la estación vio que apenas eran las siete con treinta y dos minutos.

Al pegarle el aire, la borrachera se le subió. No recordaba el nombre del edificio donde vivía el Bóiler Villaurrutia; pero, todavía en plan terco, creía recordar por dónde estaba situado (“está cerca de la Torre, casi enfrente del Teatro del Ferrocarrilero”) y, confiando en su suerte de borracho caprichudo, estaba seguro de reconocerlo en cuanto lo viera. Por desgracia, a esas horas su sentido de orientación y su suerte se encontraban bastante mellados por la cantidad ingerida de alcohol. Dio vueltas y vueltas sin poder encontrar el edificio que buscaba: todos eran iguales, nada los diferenciaba. Se dio por vencido, era inútil seguir caminando a lo tonto. Dirigió también sus tambaleantes pasos hacia un teléfono público: estaba descompuesto; también el siguiente. Hasta el tercero pudo llamar de nuevo al Bóiler para pedirle ayuda. Minutos más tarde, visiblemente enojado y con cara de enemigo público número uno, llegó Villaurrutia a buscarlo.

El Flaco Novalis estaba tirado debajo del teléfono, profundamente dormido. La botella de Viejo Vergel, vacía, estaba entre sus manos, junto con la libreta de poemas. Villaurrutia trató de despertarlo:

—¡Orale, pinche borracho, ya levántate!

Novalis siguió dormido, roncando ruidosamente.

—Flaco, Flaco, despierta. Ya llegué, vámonos. ¡Caray, esta no es la hora ni el lugar para que me salgas con estas payasadas! ¡Andale, levántate de ahí! ¡Cabrón, despierta! —el Bóiler movía al Flaco y trataba de hacerlo reaccionar golpeándole la cara.

El Flaco Novalis abrió los ojos:

—Buenos días.

—¡Chale, no mames! Levántate de ahí y vámonos para la casa, allá nos saludamos todo lo que quieras.

—No puedo moverme, pendejo. Estoy pedísimo.

—Ya lo veo. Bueno, pues entonces aquí te quedas hasta que se te pase la borrachera. Ni pienses que te voy a llevar cargando hasta la casa. Al rato, cuando puedas moverte, pasas a buscarme.

Novalis, apoyándose en los hombros de Villaurrutia, consiguió ponerse de pie.

—¡Ya ni la amuelas, pinche esqueleto de esqueleto borracho, mira nada más cómo andas!

El Bóiler, deteniendo al Flaco de un brazo, lo ayudó para que comenzara a caminar hacia su departamento.

—Estoy pedísimo y no fui a dormir a mi casa, Boilercito.

—¡Uy, qué novedad! ¿Y qué quieres que haga?

—Pero es que ya no quiero regresar.

—¿A dónde?

—A mi casa, pendejo.

—Si me vuelves a pendejear nada más así porque sí, me cae de madre que te quedas a dormir aquí en la calle.

—Oh, tú cálmate. ¿Qué no ves que no estoy en plenas facultades? Estoy muy borracho y quiero decirte algo muy importante.

Llegaron al departamento, el Bóiler recargó al Flaco en la pared, abrió la puerta y entraron a la sala. Novalis se desplomó en uno de los sillones.

—¿Está tu jefa?— preguntó Novalis desde su limbo alcohólico.

—No, por suerte tuvo que salir de viaje hace dos días.

El departamento era propiedad de la madre del Bóiler, y estaba decorado con todo el mal gusto que una mujer divorciada de la clase media cree que debe estar decorado un departamento de soltera: muebles de Knoll, réplicas de cuadros muy famosos, un librero sin libros, ceniceros de cristal cortado, macetas con millonarias, una enredadera colgando del techo y adornos de porcelana por todas partes.

—Boilercito.

—¿Qué quieres?

—Ponte un disco de los Doors, ¿no? El que tú quieras y gustes. ¡Ah! y tráeme un vaso de algo, necesito beber más alcohol, ya me estoy desbielando.

—¡Sí, cómo no, lo que usted mande, patrón! Pero ¿qué tal si mejor nos vamos a dormir? Al rato seguimos chupando y platicamos con más calma; ahorita me estoy cayendo de sueño, trabajé toda la noche.

—Yo no tengo sueño.

—Tú no, pero yo sí —el Bóiler no escondía el disgusto que le provocaba la mañanera visita de su amigo.

—Oye, ¿Ya leíste el nuevo libro de Gerardo Deniz? —preguntó Novalis, que de veras no tenía ni la más mínima intención de irse a dormir.

—Sí, ya lo leí. ¿Qué onda con ese libro?

—¿Qué te pareció?

—Bueno, muy bueno. Pienso escribir algo acerca de él.

—A mí también me parece bueno, pero Virgilio dice que...

—¡Oyeme, cabrón, no me vas a salir con que nada más viniste para platicar conmigo del libro de Deniz, verdad!

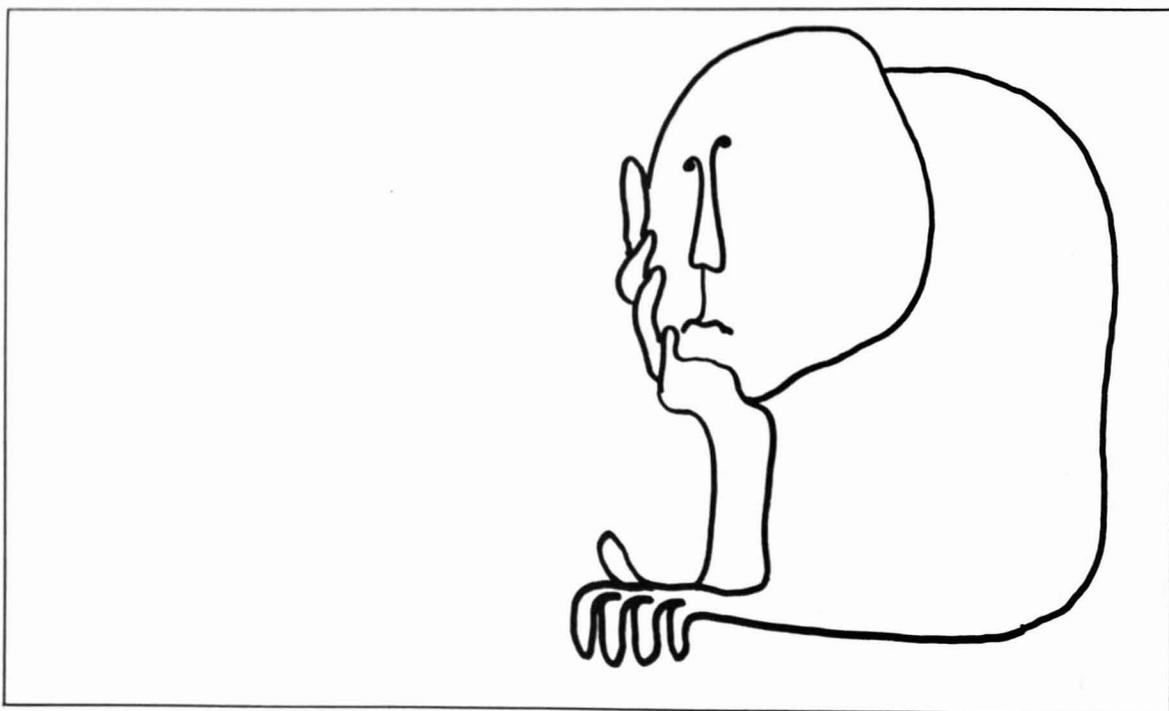
—...

—¿Sabe Cristina en dónde andas?

—No, a ella no le importa lo que yo haga.

—¿Cómo que no? Es tu esposa.

—Me vale.



—¿Por qué no fuiste a dormir con ella?
 —Porque no tengo ganas.
 —¡Pero si todavía no llevan ni un año de casados!
 —Me vale. Estoy cansado, cansado de todo. Me siento cansado con zeta, ¿entiendes? Estoy hasta la madre, no sé por qué, pero estoy hasta la madre. Tengo muchas ganas de matarme.
 —¡Ah! ¿Te cae?
 —Me cae de madre que quiero suicidarme; si no hubiera sido por Virgilio, ahorita...
 —¿Entonces por qué me vienes a molestar, cabrón? Si tienes ganas de matarte, pues máatate y ya, pinche loco; pero no vengas a joder a los cuates que tienen sueño.
 —Estoy hablando en serio, pendejo.
 —Yo también. ¿A poco crees que me voy a preocupar mucho si te suicidas? Haz lo que se te pegue la gana con tu mediocre vida, yo no te voy a decir que no te mates. Lo que me molesta es que hayas venido a moler a estas horas del día. Deveras que me vale madres si te vas a matar, ahorita tengo mucho sueño.
 —Pero es que quiero decirte algo muy importante, por eso te vine a buscar, pinche Bóiler pendejo.
 —...
 —¿A poco crees que vine hasta aquí nada más para que me regañaras? No, necesito de tu ayuda. Quiero decirte algo muy importante.
 —Bueno, ¿qué es lo que me quieres decir?
 —...
 —...
 —¡Chin, ya se me olvidó! Ahorita no puedo acordarme, pero no te enojés, me cae de madre que es algo muy importante.
 —¡Chale, deveras que te la estás jalando regacho, pinche Flaco! Lo que pasa es que estás borrachísimo. Bo-rra-chí-si-mo, ¿entiendes? Mejor vámonos a dormir. Ahorita ya nada más estamos hablando a lo pendejo.
 —Sí, estoy pedo, pedísimo; pero no hay pedo con que esté pedo. Tengo ganas de platicar contigo.
 —Yo tengo mucho sueño.
 —¡No mames! Igualito me acaba de hacer el ojo de Virgilio.
 —Pues hizo bien, estás insoportable. Al rato seguimos platicando, yo ya me voy a la cama. Si quieres, creo que hay una botella de ron en la cocina. Pero mejor vámonos a dormir.
 —Boilercito, no me dejes hablando solo. Necesito decirte algo muy importante... No te vayas... Echate un hidalgo conmigo.
 Cansado de discutir con un borracho, el Bóiler Villaurrutia dejó al Flaco Novalis en la sala y fue a meterse en su recámara.
 —¡Pinche puto egoísta, no me dejes solo!
 Al verse de nuevo solo, el Flaco Novalis se levantó del sillón y caminó, tropezando con cuanto mueble y objeto se interpuso en su camino, hacia la

cocina. Si nadie quería platicar con él, no le importaba. Estaba dispuesto a terminarse esa botella de ron escuchando discos de los Doors. Pero a mitad del camino le dieron ganas de orinar y, sin dejar de trastabillar y chocar hasta contra las paredes, caminó hacia el baño. Una vez allí, no pudo hacer otra cosa más que vomitar, vomitar y vomitar; con tan mala puntería que ensució la taza y el piso.

—¡Pinche loco, mira nada más lo que estás haciendo! —gritó el Bóiler Villaurrutia, al llegar corriendo para contemplar el desmadre que se traía su amigo—. Ahora vas a tener que limpiar todo esto. No, mejor ya vete a la cama; al rato, cuando se te baje la borrachera, limpias tu vomitadota, pinche cerdo. Y da de buenas que no está mi mamá; si no, me cae de madre que ahorita mismo ya te estaría sacando de aquí a punta de chingadazos y patadas voladoras. ¡Carajo, esto es lo que me saco por andar consecuentando borrachos!

Novalis estaba mudo. Caminó sumiso hasta la recámara, con grandes trabajos se sacó las botas y entró en la cama de Villaurrutia. El Bóiler lo vigiló desde la puerta, pues temía que en cualquier momento le volvieran a dar ganas de vomitar; cuando vio que el Flaco se metía en la cama y permanecía quietecito, se quitó la ropa, se puso la pijama y también fue a meterse bajo las cobijas, empujando a Novalis para que le hiciera un lugarcito.

—Boilercito, perdóname, te juro que fue sin querer— dijo Novalis, que seguía empeñado en no dormir.

—Por favor, ya duérmete, ¿sí?

—Pero antes dime que me perdonas, me cae que me siento muy mal por lo que hice— el Flaco se dio la vuelta y abrazó a Villaurrutia.

—¡Suéltame, pinche puto! —el Bóiler le dio un empujón que por poco y lo saca de la cama.

—Perdóname, te juro que fue sin querer. Tú sabes que te quiero un chingo. Si no fuera por ti, ya me hubiera matado. Lo que pasa es que...

—¡Oh, cabrón, te digo que te duermas! Date cuenta de que son las siete de la mañana y estás muy borracho; mejor platicamos al rato. Ahora duérmete.

—Pero es que...

—¡Suéltame, que no estás con Cristina!

—No te enojés, nomás te estoy tratando de explicar...

—¡Carajo, ya duérmete!

Novalis quiso seguir hablando, pedir perdón por lo que había hecho; pero de su boca ya no salió ninguna palabra. Estaba totalmente agotado por la borrachera, la desvelada y la vomitada. Los ojos se le cerraron y quedó profundamente dormido.

El Bóiler Villaurrutia todavía permaneció despierto por otro rato. Quería entender qué era lo que le estaba ocurriendo al Flaco, a quien sentía cada vez más a punto de valer madres. Pero el cansancio y el sueño lo vencieron antes de que pudiera pensar algo claro.